

GARCÍA RAYEGO, ROSA (2010): *Mejor volver al mar*. Córdoba, Diputación. ISBN: 978-84-8154-240-0.

Con *Mejor volver al mar* la Diputación de Córdoba ha asumido los riesgos que supone publicar poesía y a poetas nuevos, algo desgraciadamente poco frecuente, especialmente cuando, como en este caso, la voz lírica que aparece tiene un tinte marcadamente reflexivo, calmado y casi filosófico, algo que establece distancia con la lírica actual en la que abunda, como es sabido, una poesía más fácil, de escenas y detalles cotidianos, a veces de escasa trascendencia, que no acaba de remontar el vuelo.

El libro, que cuenta con un excelente prefacio de la poeta Concha García y un epílogo de Fanny Rubio, recoge toda la obra poética que la profesora, ensayista y poeta cordobesa Rosa García Rayego ha publicado hasta el momento. Desde su primer poemario *Aburre el propio gesto*, publicado en 1996, al último hasta la fecha (*De sombras*, 2009), *Mejor volver al mar* nos presenta una interesante y original trayectoria poética en la que la autora, a través de imágenes rotundas y con frecuencia inquietantes, indaga en un universo que surge de la más absoluta privacidad y en el que el paso del tiempo, las palabras y la observación implacable de la relación amorosa se convierten en elementos cruciales de lo que la autora denomina “una búsqueda imposible”. Esta crónica del amor-desamor, del amor-herida, analizada de manera incansable a lo largo de los años, se hace así visible, sin trampas ni velos, para los lectores que presencian la voluntad férrea de esta autora de detener y enmarcar cada momento de dicha relación en un presente eterno pero a la vez muy inmediato a través del cual, echando fugaces miradas al pasado del que surgen ciertos recuerdos que ayudan a interpretar su presente, se adentra en un futuro presentido en el que el inevitable final del amor está siempre en el horizonte (“pero nada es finalmente el resultado / en este intencionado juego / de distancias”). Y este final, por muy amenazador y ominoso que se intuya, se presenta siempre con calma en una superficie aparentemente sin tsunamis bajo la que late un corazón lúcido pero no por ello sin tormento. Y es que bajo esta poesía, intimista y de toques existencialistas con la que analiza una realidad con frecuencia desolada, bulle la pasión.

Aunque en toda su obra surgen aquí y allá poemas de corte surrealista, en general los versos de *Mejor volver al mar* son muy claros. Estos poemas, condensados, cortos y siempre en clave amorosa, presentan a una persona poética que se dirige a un tú ausente o presente pero anclado en el silencio y convertido en mudo confidente con el que se intenta establecer contacto y diálogo, a través del cual el lector se siente invitado a entrar en el texto. Así pues, los versos de García Rayego son lúcidos, analíticos, con un marcado afán de conocimiento de sí misma y su entorno. Analizar el amor y al amante es la excusa para analizarse a sí misma de una manera distanciada: “Inútilmente quise / bordear el filo de lo humano. / Y, con ello, a mí misma.”

El tono es reposado, las imágenes concentradas, la palabra clara. Cuando la memoria aparece en el reconocimiento de la pérdida de personas, vivencias y lugares que ese recuerdo le trae, no hay pesimismo, sino una objetividad que, aun teñida de melancolía, nutre a la persona y la provee de identidad. Siempre se observa en ella la búsqueda constante del deseo al ser la persona poética un sujeto claramente deseante que no se rinde en esa búsqueda: deseo de vida, de experiencias, de comprensión y diálogo, de pasión física. No hace falta recurrir a Lacan para ver que ese deseo es precisamente lo que siempre da vida al cuerpo (frente a la muerte subjetiva del sujeto sin deseo): “También ahora / se hace urgente / tu presencia en mi piel”.

Ese deseo, aunque más evidentemente mostrado en los primeros poemarios, no desaparece nunca y poco a poco va dando paso a unos versos muy meditativos en los que el mar se erige en símbolo de infinitud, descanso, calma y lucidez (“El mar, al fondo, / todo lo sabía”) en un paisaje de luz diáfana que es el marco en el que la poeta descansa por fin en unos versos soleados en los que ella, sola, puede finalmente encontrarse a sí misma. Y frente a la gran verdad íntima que la autora nos había contado anteriormente (“Sólo hay límite”), es en el ilimitado mar de estos versos, que permea simbólicamente toda su obra, donde la autora encuentra sentido último a esas *confuses paroles* que, según nos decía Baudelaire, surgen siempre desde la selva de símbolos que todos atravesamos. En este caso, el mar, siempre sabio, enmarca esta experiencia vital dando un potente título a un hermoso y potente libro que hubiera quizás merecido un epílogo menos superficial.

M^a Soledad SÁNCHEZ GÓMEZ
Universidad Politécnica de Madrid